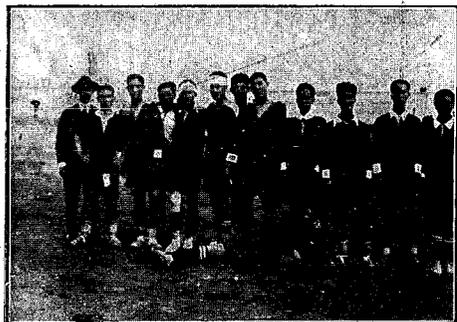


:-: NOTAS DEPORTIVAS :-:



Los equipiers del M. T. K. los que en esta segunda vuelta demostraron una brillante forma, cambiando la marcha del campeonato y que mañana se enfrentarán con el Slavia.



El «once» del Slavia que ocupó el primer puesto en la primera vuelta y que mañana domingo se enfrentará frente al M. T. K. celebrando el partido de la segunda.



Cuento argentino



LA TRAICION

por Alberto Chirraldo

I

—Vea, mi jefe. En esa nubecita de tierra que se ve allí, le aseguro que va envuelto el hombre. Si no me equivoco, lleva el caballo cansado y antes de media hora caeremos sobre él.

El milico, con el brazo derecho extendido, señalaba allá, a gran distancia, un minúsculo remolino polvoriento completamente imperceptible para serenos habituados a las colosales perspectivas presentadas por nuestras áridas planicies.

Un estudio inconsciente le había dado lo que podríamos llamar el *golpe de ojo*, aclarándole las pupilas, en cuyo fondo reflejándose la vida de las pampas como las nubes y las constelaciones en el cristal de un lago.

El que huía era un matrero. El gaucho malo, el perseguido eterno, el levantisco, el bravo, uno de los últimos ejemplares del centauro armado, hoy en derrota pese a sus astucias de zorro y a sus guapezas de león.

Hacia once horas largas que la partida de policía, mandada por el mismo comisario, seguía tras la huella del gaucho con encarnizamiento felino. Dos veces la fuerza armada había visto en la necesidad de cambiar de cabalgadura a trueque de quedar entre las breñas, burlada por el flete del perseguido.

—Si no me equivoco, lleva el caballo cansado— había dicho el milico, gaucho también ayer, pero vendido al orden, brazo derecho hoy, guía y luz de su jefe, comprometido a llevar la cabeza del matrero para presentarla a los amilanados vecinos de la población, por la integridad de cuyos intereses estaba encargado de velar.

Más que por lo hecho, la persecución del gaucho había sido ordenada en previsión del futuro, de lo que pudiera realizar. Se le consideraba capaz del crimen y del robo, con superiores condiciones de dañabilidad por sus conocimientos del pago y de sus hombres. Se le temía como a nadie. La leyenda contaba de él cosas extraordinarias, actos de valor y de audacia en que su figura aparecía rodeada de resplandores siniestros. No existía hecho sangriento ni salteo célebre en que su nombre no se hallara mezclado en alguna forma. La fantasía suele ser fatal para esos personajes, misteriosas creaciones, en su mayor parte, de imaginaciones tan fecundas como simples. Era este el caso del gaucho Ibañez,

del matrero perseguido, cuya fama había traspuesto los límites del pago para extenderse por todos los ámbitos de la república, llevando a ellos un eco lúgubre de muerte.

Con la tolerancia, más con el asentimiento, la autorización de la parte conservadora de la localidad campesina, buscábasele en el desierto para exterminarlo, tal a una fiera gruñendo en los montes.

El comisario encargado de darle caza estaba, según el milico guía, a punto de encontrarse frente a frente del gaucho, de la presa ansiada. ¿Se habría engañado el milico? media hora después demostraba lo contrario.

II

A cincuenta metros del gaucho había hecho alto la partida. El cuadro era soberbiamente hermoso. Pocas veces ha podido darse una nota más vigorosa dentro de un marco más plácido, más grande. La naturaleza toda hablando de paz a los hombres. Estos, resueltos al engaño, a la traición y al crimen, persiguiéndose hasta encontrarse, empujados por tempestad de iras, de odios y de venganzas.

Como fondo, el desierto, fondo único de tonos inimitables, a la hora en que el sol lanza, en plenitud de fuerza, sus rayos vivificantes. Como figura saliente, la del gaucho, altivo en su desgracia al pie del caballo, rendido, doblándose bajo el peso del cansancio; figura antigua de líneas tan enérgicas, tan viriles, que evocan en nuestro cerebro crónicas de tiempos épicos en que el tipo de esos valientes perseguidos fué el que con más relieve destacó en la defensa de la libertad, cantada después en himnos altisonantes por hombres más pequeños.

La melena flotando a los vientos, como una negra bandera llena de pliegues; la mirada intensa y fija, con reflejos de lanza nueva, clavada en el grupo armado; el ademán sereno, resuelto, del que ha jugado su vida y sólo teme al cautiverio, dándole al gaucho todo el aire de un héroe legendario, digno de ser cantado por una homérica o esculpido en mármotes valientes.

III

—Mire, Ibañez usted me conoce. Sabe que soy incapaz de hacerle mal; pero tengo el encargo de prenderlo. Le aseguro que antes de poco tiempo yo mismo conseguiré su libertad, porque su causa tiene defensa. Por otra parte, estoy seguro de que usted no hará armas contra mí...